

El Dios del inmigrante

La Vanguardia - 02/04/2001

MARTA PUIG

Emigrar es abrirse a un sueño. A una esperanza en una vida mejor en la que saciar las carencias acumuladas. En cierta medida, el inmigrante llega al país de acogida movido por una fe, en minúscula. Pero para conseguir su integración en la sociedad que lo recibe es necesario prestar atención a su Fe, en mayúscula.

Las protestas contra la nueva ley de Extranjería han introducido en el debate público sobre la integración una variante nueva: el factor religioso. Se ha escrito, por ejemplo, que la integración de los musulmanes en nuestra sociedad es mucho más difícil que la de otros colectivos de inmigrantes por la especificidad de su cultura religiosa. El aspecto religioso es un concepto imprescindible que estará presente en la sociedad multicultural que se está configurando y será ineludible a la hora de diseñar políticas de integración. Pero, cuidado: no es un comodín. No debe ser utilizado como cortina de humo que oculte las razones que desde siempre, a lo largo de la historia, han provocado la segregación y la radicalización de su fe.

Es cierto que el islam es mucho más que una confesión religiosa. Implica una concepción del Estado y, lo más problemático, plantea a las sociedades democráticas un conflicto entre derechos, como el de la libertad religiosa y otros como la educación de las mujeres o su igualdad ante la ley.

Aun así, no hay que olvidar que será el acceso a la educación y las posibilidades económicas -y no necesariamente la rigurosidad del islam- lo que acabará determinando el nivel de integración. Lo asegura uno de los principales analistas del pensamiento islámico actual, Rachid Ghannouchi, en sus trabajos sobre la integración del islam en el sistema democrático, y lo ratifica la historia. La crisis económica ha abortado muchos proyectos de secularización en los países árabes.

Una de las propuestas más seductoras del islam político es la erradicación de la miseria. El Corán -a diferencia de la tradición cristiana- rechaza profundamente la pobreza y elabora toda una teoría en torno al sistema social. Distingue entre grandes grupos de pobres: los "masakin", empleados que trabajan duro y no ganan lo suficiente para vivir; los "miskin", indigentes que dependen de la red social para sustentarse; los "al gharimun", deudores que no han podido sacar sus negocios adelante y dependen de la caridad de sus acreedores. A todos, el Corán -y ahora el islam sociopolítico- ofrece una esperanza lejos de la diferencia de clases.

No es de extrañar, así, que el inmigrante musulmán hacinado en barrios pobres de viviendas indignas, con un salario mínimo, desarraigado y discriminado, se defienda emocionalmente. Acude a su fe, que, de lejos, se le antoja paradisiaca.

La segunda y la tercera generación de inmigrantes musulmanes sabrán valorar los beneficios de la democracia sólo y en la medida en que estos beneficios les sean accesibles. Se integrarán si son integradas, toleradas y si se les ofrecen posibilidades de realización personal. La radicalización que impide la convivencia no está en el islam en sí mismo, ni en el Corán ni en los "hadiths". El fundamentalismo y la división se nutren del

hambre, la falta de espacios en los que crecer, el clasismo social y la ignorancia. En el digitalizado mundo occidental, como en el infierno de Afganistán. Basta mirar cómo la hija de Gadafi luce su "look" Claudia Schiffer por París, para darse cuenta de que el islam no es la barrera. Los libros sagrados dan mucho de sí, según cómo.

MARTA PUIG, periodista. Profesora de la Universitat Pompeu Fabra